

## Notas sobre «Moscú, tercera Roma». Génesis y evolución de una teología política

ANTONIO ANTELO IGLESIAS \*

A Svetlana

### I

El nombre de Moscú va indisolublemente ligado a los destinos de la Gran Rusia. Durante la Baja Edad Media —en particular desde el siglo XIV—, una pujante formación política va consolidándose hacia el núcleo nordoriental, en la zona de bosques: el principado de Moscovia. La nación que así emerge a la vida histórica es obra, según A. Leroy-Beaulieu, del elemento popular más vigoroso y expansivo de cuantos integran el bloque eslavo-oriental<sup>1</sup>. El «gran ruso» constituiría, sin duda, la materia prima del nuevo Estado: el Volga sucede al Dnieper, el NE al SO, el bosque a la estepa, el absolutismo centralizador al discreto régimen kieviano. Moscú, en un calculado proceso de incorporación, iba a absorber los principados y territorios no sometidos a la Horda Dorada, a liquidar el «Yugo Tártaro», a iniciar contactos regulares —diplomáticos y comerciales— con la Europa Occidental, y, tras la expugnación de Constantinopla por los turcos otomanos, a elaborar una teología política de cuño mesiánico que apuntaba decididamente al *dominium mundi*.

La más antigua mención historiográfica de Moscú se lee en una crónica del siglo XII<sup>2</sup>. Sabemos por ella que en el año 1147 Iurij Dolgorukij,

---

\* Profesor Emérito de Historia Medieval, UNED. Desarrollase aquí el texto de la conferencia-coloquio del ciclo «Introducción a la historia de Rusia», organizado por el Círculo de Debates del Ateneo de Madrid, el 7 de febrero de 1992.

<sup>1</sup> LEROY-BEAULIEU, A., *L'Empire des Tsars et les Russes*, vol. I, París 1896, pág. 105.

<sup>2</sup> PLATONOV, S., *Histoire de la Russie*, trad. fr. París 1929, págs. 141-42. Lo GATTO, E., *Storia della Russia*. Florencia 1946, págs. 94-8. HELLMANN, M., «El periodo de Kiev», en *Rusia*, trad. esp. Madrid 1975, págs. 56-57 (*Historia Universal Siglo XXI*, 31).

de Súzdal, celebró allí una entrevista con su aliado Svjatosláv Olgovič, de Chernígov. Al cabo de un decenio existía ya, seguramente, la ciudad en construcción<sup>3</sup>. Hacia el año 1300, aquella plaza fuerte situábase muy por encima de sus vecinas y rivales. Por fin, en 1328, Iván Kalitá usurpa al señor de Tver el título de «gran príncipe»: ha dado, pues, comienzo la triunfal carrera de Moscovia.

Se han formulado hipótesis diversas sobre las causas de tal engrandecimiento. Karamzín y, después, Kostomarov, subrayaron la participación de los «janes» tártaros en el desarrollo de Moscú, a la que éstos habían confiado la recaudación de los tributos, amparándola, por lo demás, contra sus enemigos. Sergio M. Solov'ëv —padre del filósofo— repararía en la espléndida ubicación geográfica de la ciudad, entre Kiev, Vladímir y Súzdal. Otros han alegado razones demográficas, basándose en una real o imaginaria emigración de los habitantes del E (norte de Súzdal) hacia el O, motivada por las incursiones tártaras. Sería, no obstante, Bestužev-Riumin quien propusiera la explicación más verosímil, al ponderar el tacto diplomático y la energía de los príncipes moscovitas, el eficaz concurso de la Iglesia Ortodoxa —dueña de extensos latifundios— y, asimismo, la influencia bizantina en orden a la teoría política; transmitida, ya directamente desde Kiev, ya desde Galitzia o Nóvgorod, focos ambos de cultura grecoeslava en los siglos oscuros de la Horda Dorada<sup>4</sup>.

Si no puede rechazarse de plano el factor mongólico respecto a la ascensión paulatina de Moscú, su acción política y social frente al principado no fue, desde luego, terminante. Platonov, entre otros historiadores clásicos, restringía su importancia en el aspecto sucesorio y afirmaba que la división de Rusia (SO y NE) se operó antes del siglo XIII<sup>5</sup>. Los «janes» se limitaron a imperar en las regiones meridionales y a disponer, tan eficaz como severamente, la tributación general<sup>6</sup>. Mayor interés ofrece, según Masaryk, la vecindad de suecos, alemanes, polacos y lituanos: Alejandro Nevskij encarnaría, con su defensa de Nóvgorod, la resuelta oposición rusa al *Drang nach Osten* de los caballeros teutónicos<sup>7</sup>. «En el

<sup>3</sup> En 1147, Moscú debía de ser una simple aldea en los dominios del príncipe Iurij Dolgorukij, pero hacia 1156 surgía ya como núcleo urbano. Sin embargo, PLATONOV, S. (*ob. cit.*, pág. 142) advertía que tales datos han de acogerse con prudencia.

<sup>4</sup> PLATONOV, S., *ob. cit.*, págs. 147-51.

<sup>5</sup> PLATONOV, S., *ob. cit.*, págs. 100-2. Cfr. también GOEHRKE, C., «El período moscovita», en *Rusia (Historia Universal Siglo XXI)*, 31), págs. 67-85.

<sup>6</sup> LO GATTO, E., *ob. cit.*, págs. 78-82.

<sup>7</sup> MASARYK, T., *The Spirit of Russia*, Engl. transl., vol. I. Londres 1919, pág. 22 (de esta obra fundamental, aún, *vid.* la 2.ª ed. en dos vols., Nueva York 1955). De todos modos, el «Yugo Tártaro», junto con el bizantino, dejaría huellas en el ceremonial cortesano —por

curso del siglo XIII —advierte Platonov— se constituye la atmósfera, el medio exterior en el cual el pueblo ruso habrá de desenvolverse y actuar durante las centurias venideras». A la presencia, en el Sur, de los tártaros, debe sumarse, en el Oeste, la hostilidad germano-lituana. Moscú acusaría, ciertamente, la presión eurasiática, pero también la de una Europa feudal imbuida del ya declinante ideal de cruzada.

El auge de la ciudad como capital del principado respondió, pues, a contingencias tanto internas como externas, y muy notablemente a la misión constructiva del clero: el príncipe Mirskij vio, con acierto, que el Yugo Tártaro favoreció la independencia de la Iglesia como fuerza política y, además, condujo al robustecimiento de Vladímir, alentando a la jerarquía en su empeño de unidad nacional<sup>8</sup>. Gracias a una Iglesia libre de cargas tributarias y detentadora de grandes propiedades, la Rus' kieviana sobreviviría espiritual e institucionalmente al desplome del antiguo Estado comercial: dos afamados monasterios, el Kievo-Pečèrskaja Lavra y el de la Trinidad de San Sergio, expresan bien esa continuidad del Medioevo ruso. Tengamos presente, no menos, un hecho que en la esfera política alcanzaría muy amplia resonancia por su significación, administrativa y moral: el traslado de la sede metropolitana de Kíev a Vladímir, en 1299. Cinco lustros después sería transferida a Moscú.

Durante el siglo XIV se afianzan los vínculos entre la Iglesia y los príncipes. San Alejo es un exponente de tan fecunda colaboración. A su lado resalta San Sergio Radonežkij († 1392), fundador del célebre monasterio que lleva su nombre; centuria, aquélla, de fervorosa religiosidad monástica<sup>9</sup>. Su hábil regencia coincide, por otra parte, con el debilitamiento político-militar de la Horda Dorada: en 1380, Demetrio Ivánovič infligiría al «jan» Mamai un serio revés en la planicie de Kulikovo, junto a las fuentes del Don. «A Demetrio —escribe Goehrke— se le conoció a raíz de esto con el sobrenombre de "Donskoj" (del Don). Por primera vez habían perdido los tártaros la aureola de su invencibilidad en batalla abierta»<sup>10</sup>. Es verdad que los «janes» asolaron pronto e implacablemente Moscú, pero la victoria rusa hizo de la ciudad un baluarte de la indepen-

---

ejemplo, la prosternación—, en los órdenes administrativo y militar, en la imposición de castigos y, particularmente, en el vocabulario; como la palabra *kreml*, de la que deriva *Kremlin*, «reducto fortificado».

<sup>8</sup> Cf. MIRSKEY, D. S., «Russia, 1015-1462», en *The Cambridge Mediaeval History*, vol. VII (Cambridge U. P., 1932), págs. 621-26, y asimismo PLATONOV, S., *ob. cit.*, págs. 154-55.

<sup>9</sup> PLATONOV, S., *ob. cit.*, págs. 155 y 160. Sobre este gran abad *vid.* su *Vida, hechos y milagros*, en ZENKOVSKY, S. A., ed., *Medieval Russia's Epics, Chronicles, and Tales*. Nueva York 1963, págs. 205-6 y 208-36.

<sup>10</sup> GOEHRKE, C., «El período moscovita», en *Rusia (Historia Universal Siglo XXI)*, 31), pág. 98.

dencia y unidad nacionales, disipó el temor al Asia nómada y, como su brayaría Platonov, con la política incorporativa de la dinastía moscovita, imprimió un nuevo giro a la historia de Rusia <sup>11</sup>. Kulikovo dio origen también a una floración literaria: cantos populares, *bylinas* refundidas y tres obras sugestivas: el *Relato de la derrota de Mamái*, la *Zadònsčina* (batalla del alto Don) y el *Relato de la vida y muerte del Gran Príncipe Dmitrij Ivànovič*, que es, ante todo, un documento histórico <sup>12</sup>.

## II

Mientras la Europa Occidental vivía intensamente su plenitud renacentista, dos enérgicos soberanos, Iván III e Iván IV «el Terrible», consumaron la unidad rusa bajo el control de Moscovia. Ellos encarnan una política reunificadora de altos vuelos, que dilatará las fronteras nacionales hasta el Ártico, el Dnieper, el Don y los Urales. Entre 1462 y 1584, el Estado gran-ruso utiliza a la Iglesia como instrumento para la ejecución de su ambicioso proyecto imperialista: al compás de los éxitos militares y políticos, el clero ortodoxo va configurando la doctrina que pretendería legitimar a Moscú, como «Tercera Roma», ante la Cristiandad Oriental y Latina.

Iván III —figura muy controvertida en la historiografía rusa del siglo XIX— <sup>13</sup> gobernó en una época de transición, y de ahí su doble faz: antecesor, en parte, de Pedro «el Grande» por sus relaciones con Europa, es a la vez un tradicionalista que corona la obra incompleta de sus abuelos. Se anexiona el magno emporio de Nóvgorod, ocupa Riazán, Tver y otras plazas, cancela el pago del tributo a la Horda Dorada (1480), vence a Lituania, encarga a arquitectos italianos la erección de los templos y murallas del Kremlin, y ordena, por último, la exploración en regla de Siberia. Su reinado, polifacético, representa la *iuventus* de un Estado-Nación Ila-

<sup>11</sup> PLATONOV, S., *ob. cit.*, pág. 193.

<sup>12</sup> Cfr. LO GATTO, E., *Storia della letteratura russa*. Florencia 1943, pág. 24. Sobre los orígenes y evolución del principado de Moscú *vid.*, además de PLATONOV, S., MIRSKY, D. S., (ob. y vol. cit., págs. 625-31) y GOEHRKE, C., la *Storia della Russia* de LO GATTO, E., págs. 98-142. Puede añadirse, todavía, la exposición clásica de ECK, A., *Le Moyen Age russe*. Paris 1933, págs. 406-73. Una excelente selección de textos básicos la ofrece ZENKOVSKY, S. A., ed., *ob. cit.*, págs. 173 y ss.

<sup>13</sup> Cfr. PLATONOV, S., *ob. cit.*, págs. 167-68, y LO GATTO, E., *Storia della Russia*, págs. 133-34.

mado a una preclara misión histórica<sup>14</sup>. No sin justicia se ha podido comparar este período con el de la Reconquista ibérica en su fase decisiva y coetánea, es decir, la precarolina: el mismo orgullo castellano bajo los Reyes Católicos, análogo providencialismo —en rigor, según Américo Castro, «mesianismo»—, el mismo sentimiento de unidad político-religiosa, aproximan a Castilla y Moscovia en los albores de la nueva edad<sup>15</sup>.

Con la empresa de reconstrucción política se enlazan los tanteos diplomáticos. Sin embargo, dos cruciales acontecimientos habían conturbado al Occidente: la fallida Unión de Florencia (1439), inaceptable para la Iglesia griega en sus más radicales posiciones antilatinas, y la caída de Constantinopla (1453). El primer suceso clausuraba —sobre el papel— el cisma entre Roma y Bizancio desde Miguel Cerulario (1054); el segundo planteaba, como agravada «Cuestión de Oriente», el problema turco. Ahora bien, pese a los reiterados intentos de alianza contra el sultán para frenar su avance militarmente, y a las exhortaciones en pro de la Unión de las Iglesias, Europa no veía el peligro en los Balcanes y en la cuenca oriental del Mediterráneo, juzgando anacrónicamente la amenaza otomana de un modo caballeresco e idealista, como las Cruzadas a Tierra Santa<sup>16</sup>. La Curia romana, entonces, dirigió sus miradas a Rusia<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> PLATONOV, S., *ob. cit.*, págs. 167-92; STAHLIN, C., *La Russie des origines à la naissance de Pierre le Grand*. Paris 1946, págs. 149-93; y GOEHRKE, C., «El período moscovita», en *Rusia (Historia Universal Siglo XXI)*, 31), págs. 113-18 y 119-21.

<sup>15</sup> *Cfr.* LEROY-BEAULIEU, A., *ob. y vol. cit.*, págs. 239-41. Sobre el estado de los espíritus de la Castilla del siglo XV y al advenimiento de Carlos V, *vid.* CASTRO, A., *Aspectos del vivir hispánico. Espiritualismo, mesianismo, actitud personal en los siglos XIV al XVI*. Santiago de Chile 1949, págs. 21-54.

<sup>16</sup> Para las embajadas y relaciones diplomáticas, *cfr.* POTIEMKINE, M., *Histoire de la diplomatie*, dirig. par —, vol. I. Paris 1946, págs. 187-93. Los contactos entre la Curia Romana y Moscú han sido minuciosamente investigados por el P.D.I. PIERLING, S. J., *La Russie et le Saint-Siège*, 5 vols. Paris 1896-1912. *Vid.* también LO GATTO, E., *Storia della Russia*, págs. 126-31. Sobre la Unión de las Iglesias son notables: BRÉHIER, L., «The Greek Church» y «Attempts at Reunion of the Greek and Latin Churches», en *The Cambridge Mediaeval History*, vol. IV. Cambridge U.P., 1936, págs. 246-73 y 594-626, así como HALECKI, O., «Le problème de l'Union des Eglises», en *Bulletin of the International Committee of Historical Sciences, Sixth Congress (Oslo 1928)*, vol. I, part. V, págs. 615-19, y MEDLIN, W. K., *Moscow and East Rome. A Political Study of the Relations of Church and State in Muscovite Russia*. Ginebra 1952. En cuanto a Bizancio, *vid.* VASILIEV, A. A., *Historia del Imperio bizantino*, trad. esp., vol. II. Barcelona 1946, págs. 299-310 y 325-28, y RUNCIMAN, S., *La caída de Constantinopla*, trad. esp. Madrid 1973, págs. 22-25. HUIZINGA, J., puso de manifiesto el carácter extemporáneo y caballeresco de la idea de Cruzada antiturca: *cfr.* su clásico libro *El otoño de la Edad Media*, 6.<sup>a</sup> ed. Madrid 1965, págs. 148-49. La «razón de Estado» entró a su vez en juego: *cfr.* ANTELO IGLESIAS, A., «El ideal de Cruzada en la Baja Edad Media peninsular», *Cuadernos de Historia (Madrid, CSIC)*, I (1967), 37-43.

<sup>17</sup> Además de PIERLING, P., y BRÉHIER, L., *vid.* BRIAN-CHANINOV, N., *L'Église russe*. Paris 1928, págs. 89-91; POTIEMKINE, M., *ob. cit. y vol. cit.*, págs. 187-90, y STAHLIN, C., *ob. cit.*, págs. 171-

Moscú fue, así, considerada oportunamente como una baza preciosa sobre el enmarañado tablero europeo: había que atraerse, pues, al gran príncipe, y la Santa Sede no regateó ningún esfuerzo para emprender una acción mancomunada contra el Turco. No obstante, las arduas gestiones del higumeno Isidoro —más tarde metropolitano—, encaminadas a la firma del acta de Unión florentina por parte de Moscú, fracasaron ante la irreductible negativa ortodoxa<sup>18</sup>. La Iglesia rusa condenó la «traición» griega en favor de la Iglesia latina y eligió un nuevo metropolitano, independiente de Constantinopla, lo que implicaba una definitiva solución de continuidad respecto a la tradición kieviana<sup>19</sup>.

Mas no por ello desistió el Papado: un docto jerarca y mecenas, el cardenal Bessarión, idearía un plan audaz para liberar Constantinopla merced al apoyo de Venecia e Iván III. Él fue, en efecto, quien preparó el matrimonio del ruso con Zoe (Sofía), hija de Tomás Paleólogo y sobrina, por tanto, del último emperador, Constantino XI Dragasés. La princesa bizantina, residente en la Corte pontificia, profesaba un tibio catolicismo; lo cual, unido al señuelo de su alcurnia, movió a su tutor Bessarión a recomendar tal enlace político-religioso a Iván III. Moscú, apartada de Bizancio desde 1439, era para la Curia, en 1472, *de facto* y *de iure*, la heredera del Imperio griego. «Empezó —afirma Vasiliev— a ser comparada a la Roma de las siete colinas y a recibir el calificativo de Tercera Roma»<sup>20</sup>. Pero, una vez en la tierra rusa, aquella princesa bizantina volvió a la ortodoxia, desbaratando así los planes de su tutor. Es más: su legitimidad como sobrina del heroico *basileus* estimularía las tendencias

74. Como dato curioso, tengamos presente que Andrés Paleólogo, hijo de Tomás y hermano, por tanto, de Sofía, otorgó testamento en Roma el 7 de abril de 1502, cediendo al Rey Católico todos sus derechos al Imperio de Oriente. Cfr. ZURITA, Jerónimo de, *Anales*, t. IV, 39 (Zaragoza 1670, fols. 109-10) y BENEYTO PÉREZ, J., *España y el problema de Europa. Historia y política exterior*. Buenos Aires 1950, págs. 103-6.

<sup>18</sup> Tras la huida del filolatino metropolitano Isidoro (1441), Basilio II convocó un sínodo de obispos ortodoxos, que «proclamó —dice BRIAN-CHANINOV, N., *ob. cit.*, pág. 91— la deposición eclesiástica del metropolitano felón y rechazó, en nombre de todo el pueblo ruso, la unión proyectada con Roma».

<sup>19</sup> Cfr. AMANN, A. M. S. J., *Storia della Chiesa russa e dei paesi limitrofi*. Turin 1948, págs. 211-312.

<sup>20</sup> VASILIEV, A. A., *ob. y vol. cit.*, págs. 241-42. Sobre Moscú como Tercera Roma existe una copiosa bibliografía. Entre los estudios más destacados, *vid.*: BRIAN-CHANINOV, N., *ob. cit.*, págs. 110-25; SCHAEDEER, H., *Moskau, das Dritte Rom. Studien zur Geschichte der politischen Theorien in dem slawischen Welt*. Hamburgo 1929; ŠMURLO, E., «Mosca, la Terza Roma», en *Russia* (1924), 97 ss.; ZERNOV, N., *Moscow, the Third Rome*. Nueva York 1937; HALECKI, O., «Les Trois Romes», *Le Flambeau*, XXXI (1948), 277-90; LETTENBAUER, W., *Moscú, la Tercera Roma*, trad. esp. Madrid 1963; CHERNIAVSKY, M., «Holy Russia, A Study in the History of an Idea», *The American Historical Review*, LXIII (1958), págs. 617 y ss.

autocráticas de Iván III, que ya se intitulaba *gosudar* (*dominus*) y *samo-zeržets* (*autokrator*)<sup>21</sup>.

Moscovia continúa, pues, en los días de Iván III —aunque teóricamente— el Imperio griego y se alza al primer plano como defensora de la ortodoxia. Por cauces bizantinos llegaría a Rusia la idea del Estado Universal implícita en la de Roma Eterna: el mesianismo ruso informaría esa *translatio imperii* y reavivaría la unánime creencia medieval en la perennidad de Roma, *caput orbis* y madre de pueblos, como el troyano Anquises vaticinara a su hijo Eneas, respecto a la esclarecida progenie de Rómulo:

*En huius, nate, auspiciis illa inclita Roma  
imperium terris, animos aequabit Olympo...*<sup>22</sup>.

(«Has de saber, hijo mío, que bajo sus auspicios la soberbia Roma extenderá su imperio por todo el orbe y levantará su aliento hasta el cielo»).

Tal constante europea del romanismo y del *imperium* cobra nueva forma en la Rusia moscovita a través de Bizancio; porque nunca los *basileis* aceptaron la «usurpación» carolingia, de los Otones y de los Staufen, ya que para ellos, los emperadores bizantinos, dicha legitimidad se asentaba en la radiosa urbe del Bósforo, segunda Roma cristiana<sup>23</sup>. Cuando, tras lenta agonía, sucumbió Tsargrad (Constantinopla), «era necesario reemplazar el ánfora rota —dice Brian-Chaninov— por un ánfora nueva, a fin de que el agua viva de la fe contenida en ella estuviese, desde entonces, a salvo de toda polución. Esta nueva ánfora será, por tanto, Moscú, "la Tercera Roma"»<sup>24</sup>. Así lo exigía, además, la concepción de la Roma Eter-

---

<sup>21</sup> Cfr. MIRSKY, D. S., *ob. y vol. cit.*, en la nota 8, págs. 226-31. Hasta entonces, el príncipe había sido *gosudar* en sus propios dominios, y *gospodar* (soberano) respecto a los vasallos libres. El primer título se basaba en la costumbre, en tanto que el segundo era contractual.

<sup>22</sup> VIRGILIO, *Eneida*, VI, 781-82 (La traducción es de E. de Ochoa). El *huius... auspiciis* evoca la trayectoria de Roma como una dilatada hazaña proseguida bajo la tutela espiritual de su primer rey, a quien una tradición hacía revivir en la persona de Augusto, descendiente de Eneas. Sobre la exaltación de la *gens Iulia* en la poesía latina, cfr. PERRET, J., *Les origines de la légende troyenne de Rome (281-231 av. J.-Ch.)*. Paris 1942, págs. 577 y ss. y 623-27, y MAGARIÑOS, A., *Desarrollo de la idea de Roma en su siglo de oro*. Madrid 1952, págs. 189-208.

<sup>23</sup> Acerca de la *Roma aeterna* y la *translatio imperii* en los siglos medios, *vid.*: GRAF, A., *Roma nella memoria e nella immaginazione del Medio Evo*, 2 vols. Turín 1882-1883; THOMPSON, D., ed., *The Idea of Rome from Antiquity to the Renaissance*. Albuquerque, N. M., 1971, y FOLZ, R., *L'idée d'Empire en Occident, du ve au xive siècle*. Paris 1953. Estas dos obras contienen una útil selección de textos y documentos.

<sup>24</sup> BRIAN-CHANINOV, N., *ob. cit.*, pág. 113.

na, cuyo más inspirado apologista, el galo Rutilio Namaciano, exaltó a comienzos del siglo v:

*Illud te reparat quod cetera regna resoluít:  
ordo renascendi et crescere posse malís...<sup>25</sup>*

(«Tú recibes un vigor nuevo de lo que destruye a otros reinos: hallar en sus desgracias un principio de crecimiento, es ley de resurrección»).

Se ha entroncado la teoría de «Moscú, Tercera Roma» con las viejas pretensiones hegemónicas de los zares búlgaros, desde Simeón y Samuel, en el siglo x, hasta la gran derrota serbia de Kósovo-Polié (1369), que arruinaría las esperanzas puestas en Tirnovó como rival y, eventualmente, como sucesora de Constantinopla<sup>26</sup>. Al desmoronarse el Estado búlgaro a fines del siglo xiv, gran número de eruditos sureslavos emigraron a Rusia y, sin duda, fortalecerían ideológicamente a la Iglesia Ortodoxa. La Unión de Florencia y el trágico epílogo de Bizancio facilitarían, por lo demás, a la publicística moscovita el bagaje doctrinal para consolidar la autocracia en función de supuestos religiosos<sup>27</sup>. El «Canon Pascual» del metropolitano Zósima y, sobre todo, las epístolas del monje Filoteo de Pskov, dirigidas a Basilio III y al secretario Muniejin, formulan así esa teoría: «La primera Roma y la segunda han fenecido, la tercera nace ya gloriosamente, pero no habrá jamás una cuarta...»<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> RUTILIUS NAMATIANS, *Sur son retour*. Texte établi et traduit par J. Vessereau et F. Préchac. 2e éd. Paris 1961, vv. 139-40.

<sup>26</sup> Sobre las ambiciones búlgaras, *vid.* MILLER, W., «The Rise and Fall of the First Bulgarian Empire (679-1018)», en *The Cambridge Mediaeval History*, vol. IV, 1936, págs. 230-45. Simeón ostentaría el codiciado título de «Zar de los búlgaros y de los griegos», recibiendo su corona de Roma y creando el patriarcado de Preslav con residencia en Silistria (*ob.* y *vol. cit.*, pág. 238). Para la coronación del serbio Esteban Dušan como Zar en 1346, *cfr.* también MILLER, W., «The Balkan States (1355-1483)», *ob.* y *vol. cit.*, pág. 542. La batalla de Kósovo-Polié fue, como gráficamente ha dicho CALMETTE, J., «un Poitiers que degeneró en catástrofe»; *vid.* *L'élaboration du monde moderne*. Paris 1942, págs. 289. En torno al componente búlgaro de la teoría, LETTENBAUER, W., *ob. cit.* en la nota 20, págs. 47-48, escribe: «La antigua doctrina de la Ciudad Eterna había pasado de la crónica bizantina de Manasés, a través de la traducción búlgara, al Cronógrafo Ruso de 1512, y había impresionado al monje de Pskov [Filoteo]; las palabras del Metropolitano Zósima sobre la Constantinopla de Moscú debieron incitarle también. Tal vez conociera los pensamientos traspasados a Rusia por los búlgaros después del sometimiento de su patria a los otomanos: a saber, ideal del paso de la tradición de la Roma oriental a un imperio eslavo que recibe la herencia de Bizancio». Sin embargo, PLATONOV, S., era de distinta opinión y defendía el origen ruso de la teoría (*Cfr. ob. cit.*, págs. 195-96).

<sup>27</sup> *Cfr.* ŠMURLO, E., *ob. cit.*, pág. 105; LO GATTO, E., *Storia della letteratura russa*, págs. 26-27; MASARYK, T., *ob.* y *vol. cit.*, pone de relieve el carácter religioso del nacionalismo moscovita, ya que siempre estuvo determinado por prejuicios cismáticos y limitaba, además, con Estados protestantes, católicos y musulmanes.

<sup>28</sup> *Cfr.* ŠMURLO, E., *Storia della Russia*, vol. I. Roma 1928, págs. 123.



El pueblo ruso era, por ello, un «nuevo Israel», un «pueblo elegido», «portador de Dios» (*bogonosets*), al que la Providencia reservaba muy altos destinos en lo espiritual y temporal<sup>29</sup>. Moscú, la Tercera Roma guardiana de la ortodoxia, pareció a los creyentes rusos el sexto Imperio del Apocalipsis. Inventáronse fantásticas genealogías: Rurik, descendiente de Pruss, un mítico hermano del emperador Augusto... Se desempolvaron en las crónicas leyendas venerables, como la de las insignias imperiales enviadas por Alejo Comneno a Vladimir Monómaco, o la del hábito blanco de Constantino cedido por el Papa Silvestre a Nóvgorod, y que más tarde pasaría a Moscú...<sup>30</sup>. O se atribuiría también al apóstol San Andrés la evangelización de Rusia, tierra que Cristo recorre, bendiciéndola, en la poética visión del romántico Tjutçev:

Aquellas pobres aldeas, aquella miserable naturaleza,  
¡eres tú, país de eterno sufrimiento, eres tú, país ruso!  
No es capaz la pretenciosa mirada extranjera  
de sorprender lo que se oculta detrás de tu humilde desnudez.  
Cansado bajo el peso de la Cruz y con aspecto de siervo, te recorrió  
Cristo a pie, bendiciéndote, ¡oh madre Rusia!<sup>31</sup>

Así, pues, la ficticia expresión de «Tercera Roma» se vería revestida con el tiempo del máximo prestigio histórico. Dos hechos vinieron a reafirmarla en el espíritu ruso durante cuatro siglos. El primero es de orden

---

<sup>29</sup> LEROY-BEAULIEU, A., *ob. y vol. cit.*, reconocía que «el ruso se ha acostumbrado a considerarse a sí mismo como pueblo elegido, como pueblo de Dios...» (pág. 57). La decisiva jornada de Kulikovo estimuló tal mesianismo. WELTER, G., señala que, a lo largo de su historia, esta idea de misión ha guiado en buena medida a Rusia, y cita una frase de Nicolás Gogol: «Rusia siente sobre sí la mano de Dios»; *cf. Explication de la Russie*. Neuchatel 1948, págs. 9 y 57. Por su parte, BERDIAEFF, N., observa que «el pueblo ruso era para Dostoievsky el «portador de Dios» único en su especie: *vid. L'esprit de Dostoievski*. Paris 1929, págs. 187-89. El gran novelista se pronunció asimismo sobre la Tercera Roma: «El gran ruso —advertía— está empezando ahora a vivir... Moscú no ha sido todavía la tercera Roma; pero la profecía tiene que cumplirse, porque «cuarta Roma» no habrá, y sin Roma no puede vivir el mundo...»; *cf. el Diario de un escritor* (mayo 1876), en *Obras completas*, vol. II. Madrid, Aguilar, 1943, pág. 1661. Sin embargo, SOLTIKOFF, A., —entre otros— ha puesto en duda el misticismo ruso: *vid. «Le problème de la religiosité russe», Le Monde Slave*, IV (1934), 38-67.

<sup>30</sup> Una relación de textos político-eclesiásticos figura en la *Storia della letteratura russa*, de Lo GATTO, E., págs. 28-29. Para la leyenda del hábito blanco, *vid. ZENKOVSKY, S. A., ed., ob. cit.* en la nota 9, págs. 265-74, a la que se refiere también BRIAN-CHANINOV, N., *ob. cit.*, págs. 114 y 123-24.

<sup>31</sup> *Cfr. GANDOLFI, G., ed., Lirici russi del secolo aureo*, vol. I, Lanciano, s. a., pág. 76. Tjutçev compuso esta poesía en 1855. También debe acudir-se a Lo GATTO, E., *L'estetica e la poetica in Russia*. Florencia 1947, págs. 422-43. Recuérdese, a propósito del Salvador en Rusia, *Los Doce* de Alejandro BLOK, en plena Revolución bolchevique...

político: el 16 de enero de 1547, Iván IV «el Terrible» entrega a su conesor —arcipreste de la catedral de la Asunción— una bandeja de oro con la Cruz milagrosa, la Corona y el manto de la consagración como «Zar de todas las Rusias»<sup>32</sup>. A este título dio inmediatamente su formal sanción el Patriarca de Constantinopla<sup>33</sup>. Entre tanto, los dignatarios de la Iglesia rusa, más algunos escritores como Ermolaj Erasmus, del monasterio de Pskov, José Sanin —abad de Volokolamsk— y los metropolitanos Daniel y Macario, cimentaron la teoría sobre inmutables bases dogmáticas<sup>34</sup>.

El segundo acontecimiento es jerárquico: en 1589 se crea el patriarcado ruso. La autocefalia equivaldría a teocracia. En el *Stoglav* o *Libro de los Cien Capítulos* —protocolo del concilio de 1551— se codificaron la autocracia moscovita y la idea de misión ortodoxa<sup>35</sup>. Los artículos de fe uvarovianos —«autocracia, ortodoxia, nacionalidad»— y la eslavofilia del siglo XIX muestran fehacientemente la pervivencia del sueño mesiánico en Rusia. El tema de Moscú-San Petersburgo, entre otros, apasionaría a los más lúcidos talentos hasta la Revolución bolchevique<sup>36</sup>.

<sup>32</sup> GRAHAM, S., en *Ivan le Terrible, le premier Tsar* (trad. fr. París 1933, pág. 40), reconstruye la escena.

<sup>33</sup> Cfr. BRIAN-CHANINOV, N., *ob. cit.*, págs. 122-23.

<sup>34</sup> Cfr. LO GATTO, E., *Storia della letteratura russa*, págs. 28-29. El propio Iván IV defendería la autocracia de derecho divino en su interesantísima correspondencia polémica con el príncipe Kurbskij, partidario de un gobierno moderado por los boyardos: *vid.* ZENKOVSKY, S. A., ed., *ob. cit.*, págs. 289-99. Sobre José Sanin y los metropolitanos, *cfr.* MILIKOV, P., *Outlines of Russian Culture*, Part I. Filadelfia 1943, págs. 18-19.

<sup>35</sup> MASARYK, T., *ob. y vol. cits.* en la nota 7, explica la autocracia moscovita por la ausencia, en Rusia, de una tradición clásica (pág. 41). El tono carismático del *Stoglav* reaparecería en la declaración de Filaret a Alejandro II sobre el origen divino del Poder, e incluso en la *Ley Fundamental de 1906* (pág. 110).

<sup>36</sup> Sobre Moscú-San Petersburgo, *vid.* GRATIEUX, A., *A. S. Khomiakov et le mouvement slavophile*, vol. I. París 1939, págs. 258-59. A su vez, MASARYK, T., *ob. y vol. cits.*, págs. 269 y 323 (Constantino e Iván Aksakov). LO GATTO, E., analiza la novela *Petersburgo*, de BELYJ, Andrés, en su *Storia della letteratura russa*, págs. 451-52.